

LO QUE ES Y NO ES (EL LIBRO DE) ESTELA SERRET*

1. ESTELA SERRET NO ES UNA ROMÁNTICA

Si por romanticismo entendemos, desde luego, la afirmación o sublimación de una diferencia específica femenina, vale decir, la afirmación del sentimiento frente a la razón y la irreductibilidad de la condición o *pathos* emocional de las mujeres.

No es romántica, en efecto, si por romanticismo aceptamos un esquema que supone un ser mujer a veces ahistórico (como esencia), a veces histórico (como identidad irrepetible y contextualizada) o a veces poshistórico (sin posibilidades de proyección universal y fuera de los discursos fundacionistas).

Este romanticismo es una perspectiva que, en sus distintos avatares, ha dado lugar tanto a tópicos tan afamados como el del *eterno femenino* (hoy día propio de las revistas rosas del corazón o del discurso panista sobre las mujeres), como a las sofisticadas concepciones de la especificidad femenina como la de Mary Wollstonecraft o la de Carol Gilligan. O incluso al intento conciliador de John Stuart Mill, que aplacaba los temores de los varones al decirles que las condiciones de igualdad, una vez alcanzadas, no limitarían la natural tendencia de las mujeres a optar por las actividades femeninas.

Por ello, el libro de Estela Serret es aleccionador para cualquier estudio del feminismo y/o de la filosofía política, pues hace una reconstrucción del tema de la identidad femenina; una reconstrucción también ilustrativa para otras provincias teóricas, pues se mantiene alejada de ontologías inerciales o de maniqueísmos que confunden el trabajo analítico con la militancia política y la reivindicación social. Y aun así, es un texto con un profundo sentido político, pues haciéndose cargo de la vi-

* Serret, Estela, *Identidad femenina y proyecto ético*, México, Programa Universitario de Estudios de Genero-Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco/Miguel Ángel Porrúa, 2003, 304 p.

sión performativa de Judith Butler (las mujeres, en su proliferación identitaria, son lo que hacen o pueden hacer, y son, desde luego, lo que sus discursos dicen de ellas y lo que las hacen decir), también es capaz de postular un sentido recto de la idea de democracia, que orienta la posición de la autora a un sano universalismo.

De sus brillantes argumentos, uno de mis preferidos es aquel que llama a no rechazar la herencia ilustrada y el proyecto racionalista que contiene sólo porque sus realizaciones concretas no han sido incluyentes ni genuinamente igualitarios; es decir, a *no tirar al niño con el agua sucia de la bañera*.

2. ESTELA SERRET ES ARTIFICIAL

En efecto, no sólo acepta que el género es la construcción social del sexo (frase cliché si las hay, que se repite mucho pero que poco se entiende), o que nadie nace mujer sino que se convierte en tal (Simone de Beauvoir *dixit*), sino que también pone en duda la existencia prediscursiva de un ser mujer impuesto por la biología o la naturaleza. Dicho de otro modo: la dimensión sexual, natural o biológica es también, para Serret, un horizonte de discurso o al menos de significación, y por ello (foucaultianamente), es espacio de poder, de definición y de disputa.

Para la autora, el sexo mismo, la identidad del ser mujer a partir de un código binario supuestamente arraigado en la naturaleza, es también una construcción cultural. No es un punto de partida, sino un dato a desconstruir y problematizar.

Pero su artificialismo es de una densidad sofocante: la materialidad de *las mujeres realmente existentes*. El que la identidad de las mujeres no esté prefijada por algún dios, por la biología o por el buen orden de la naturaleza o el sentido común, no implica que las formas específicas de ser mujer puedan desvanecerse ante *el buen discurso* o la *verdad refulgente* del teórico o la teórica. Para alcanzar la equidad que se le escatima, no basta con levantar los velos discursivos que justifican la subordinación de la mujer (aunque también hay que hacerlo), sino que es necesario comprender que la cuestión de las mujeres está inmersa en el conflicto variado y multidimensional propio de toda sociedad moderna.

La artificialidad de las maneras estereotipadas de ser mujer no hace a éstas menos pesadas ni poderosas que cualquier otro proceso social, así que la niña que es educada en el maquillaje y en el trasiego de lo femenino es tan artificial como la supuesta identidad intacta de los pueblos indígenas; pero es, a la vez, tan real como el actor que es incapaz de abandonar su vestuario al final de sus funciones. Y es que, lo contrario de lo artificial no es lo verdadero, sino lo natural, lo dado de una vez por todas.

Lo que Benedict Anderson postuló para las identidades étnicas (que son inventadas), puede postularse, con Serret, para las identidades femeninas; lo que no quita, como no lo quitaba en Anderson, que sean invenciones capaces de articular acción social y de producir relaciones llenas de sentido.

3. ESTELA SERRET NO ESTÁ A LA MODA

Lo que está a la moda es la afirmación de las políticas de la diferencia en el ámbito del pensamiento feminista. Como lo está en el terreno de las identidades étnicas.

La misma crítica que Serret hace, por ejemplo, a Iris Marion Young respecto de su concepción de la ciudadanía diferenciada, puede hacerse a la extensión que de esta noción se hizo para el ámbito de discusión del llamado multiculturalismo.

No me cabe duda de que Serret no asesoró a la campaña del Instituto Nacional de las Mujeres que, asumiendo ¿ingenuamente? el lenguaje de las políticas de la diferencia, proclama que los hombres y las mujeres no sólo no son iguales, sino que nunca podrán serlo.

Más allá de la obviedad de que somos diferentes, cabe preguntarse ¿de veras es tan sencillo abandonar el lenguaje ilustrado de la igualdad, aun cuando se use ese sinónimo de ella (equidad) que algunas creen que es su superación?

Serret más bien rescata lo que está *demodé*: el proyecto universalista, la herencia de la Ilustración y la afirmación, no del momento de la diferencia y de la separación, sino el de la pluralidad y la convergencia en una humanidad común que no tiene por qué ser ciega a las especificidades. Ella habla de pluralidad antes que de las diferencias. Busca una trabajosa

reconciliación de sujetos capaces de ser autónomos en el horizonte de un universalismo tomado en serio.

Tampoco está a la moda en la medida en que no se suma a la tarea, hoy en boga, de tomar como piñata a la teoría liberal y echarle la culpa de todos los males del planeta, y hasta de la galaxia. Hace algo más serio (y ello me recuerda a la Susan Moller Okin de *Is Multiculturalism Bad for Women?*): le toma la palabra al universalismo liberal, y le exige que reconozca (como no hicieron ni John Rawls ni Jürgen Habermas), que ese universalismo será abstracto mientras no sea capaz de articular la inclusión efectiva de las mujeres.

Por ello, Serret no defiende una cultura de las mujeres, sino una cultura de los derechos humanos en la que, dialógica, democrática e incluso conflictiva y aguerridamente, se perfilen éstas como sujetos (autónomos, críticos y racionales).

3. ESTELA SERRET NO TIENE UNA IDENTIDAD PRECISA

En efecto, no cree que el simple uso del plural (de la mujer a las mujeres) resuelva el expediente de la identidad femenina. No cede al eterno femenino, a la ética del cuidado o a cualquier otra respuesta que aplaque la incertidumbre y esa suerte de ansia de absoluto que casi todo teórico esconde. No lo dice así, pero su noción de identidad me recuerda la de Claude Lévi-Strauss: la identidad es un espacio virtual, un cruce imaginario e inventado donde se erige el sujeto sobre la base de una construcción simbólica. Pero para Serret esta construcción tiene memoria histórica y capacidad de hacer política; y ese matiz la aleja del estructuralismo y toda su variedad de sucesores, para colocarla en el terreno de la ética pública o, dicho de mejor manera, de la filosofía política como discurso del deber ser antes que del ser.

Su visión es universalista y, a la vez, pragmática. Las mujeres son lo que ellas puedan hacer en cada situación particular, pero el universalismo de sus derechos y sus exigencias es un proyecto ético (normativo) que vale la pena defender.

El propio Habermas tenía la clave, los principios universales como los derechos humanos han tenido un origen contingente (lugar y casi fecha

JESÚS RODRÍGUEZ ZEPEDA

exacta de nacimiento), pero ello no los condena al etnocentrismo, al eurocentrismo o, digo yo, al falocentrismo. El pensamiento racional y democrático construye justificaciones que muestran que a su contingencia de origen ha sucedido, gracias a su carácter de ser fuente de identidad democrática y civilizadora, una necesidad normativa.

Para eso sirve, a fin de cuentas, la filosofía política: para construir justificaciones teóricas razonables para nuestras posiciones y nuestros intereses, cabe decir, para nuestras elecciones. A eso se dedica Serret en el campo de la filosofía feminista: a *justificar* una idea de identidad de las mujeres como herramienta crítica contra el esquematismo intelectual y otras formas de dominación. Y al hacerlo, se honra a sí misma y nos honra a todos por permitirnos ser los receptores de sus argumentos.

JESÚS RODRÍGUEZ ZEPEDA*

D.R. © Jesús Rodríguez Zepeda, México D.F., julio-diciembre, 2005

* Profesor investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, rozj@xanum.uam.mx